

Príncipe. Mientras las naves efectuaban este veloz movimiento, las tropas por su parte avanzaban sobre la ciudad. Alzábase en medio del camino el fuerte Bizotón, y se acercaron á él sin hacer fuego. «Dejémoslos matar en silencio, exclamó el general Boudet, para precaver una colisión, y salvar, si podemos, á nuestros desgraciados paisanos del furor de los negros.» Tal era, en efecto, el único medio de evitar la matanza que á los blancos amagaba. La guarnición negra del fuerte Bizotón, viendo la actitud amigable y resuelta de las tropas francesas, se entregó y fué á aumentar las filas de la división de Boudet. Con esta afortunada circunstancia llegó la división á Puerto Príncipe en el momento mismo de aportar en él con sus navíos el almirante Latouche-Treville. Componían la guarnición cuatro mil negros. Desde las alturas por donde marchaba el ejército veíanse éstos diseminados por las principales plazas ó apostados en las murallas. El general Boudet mandó dar la vuelta á la ciudad con dos batallones, y se encaminó con el grueso de la división hacia los reductos que la protegían. «Somos amigos, gritaron al punto las primeras avanzadas de negros; no tiréis.» Fíados en estas palabras, se adelantaron nuestros soldados con el arma al hombro; pero una súbita descarga de fusilería y metralla, ejecutada casi á quemarropa, derribó á doscientos de ellos, matando á unos é hiriendo á otros. El valiente general Pánfilo Lacroix fué uno de estos últimos. Precipitáronse entonces nuestros soldados á la bayoneta sobre aquellos miserables negros é inmolaron á todos los que no pudieron ponerse en salvo. El almirante Latouche, que durante la travesía había dicho continuamente á los generales del ejército que una escuadra haciendo fuego era superior á toda posición de tierra, y que pronto se lo demostraría, fué á colocarse bajo las baterías de los negros, y en pocos instantes consiguió que cesasen sus descargas. Los negros, cañoneados tan de cerca y asaltados en las calles por las tropas de la división de Boudet, huyeron desordenadamente sin incendiar la población, dejando las arcas públicas llenas de dinero y los almacenes atestados de géneros coloniales. Desgraciadamente llevaron consigo muchos blancos, á quienes en su precipitada huída trataban sin piedad, y dejaban por rastro el incendio y la desolación de los caseríos que encontraban al paso. Columnas de espeso humo indicaban desde lejos su guarida.

El feroz Dessalines, al saber el desembarco de los franceses, dejó á San Marcos, pasó por detrás de Puerto Príncipe, y con una marcha acelerada ocupó á Leogana para disputar á los franceses el departamento del Sur. Envió á su encuentro el general Boudet un destacamento que le arrojó de aquel punto. Sabíase que el general Laplume, menos bárbaro que sus semejantes, y que por otra parte vivía con zozobra en una región donde abundaban los mulatos, implacables enemigos de los negros, estaba pronto á someterse. Envióle al punto emisarios el general Boudet; accedió Laplume, y entregó intacto á nuestras tropas aquel rico departamento que comprendía á Leogana, el grande y el pequeño Goave, Tiburón, los Cayos y Jacmel. Esta entrega y sumisión del negro Laplume era un feliz acontecimiento, pues de este modo quedaba libre de los destrozos de la barbarie la tercera parte de la colonia. Entretanto la parte española caía bajo el dominio de nuestras tro-

pas. El general Kerversau, enviado á Santo Domingo con unas cuantas fragatas y dos mil hombres de desembarco, favorecido por los habitantes y por el influjo del obispo francés Mauvielle, tomaba posesión de la mitad de la parte española, donde dominaba Pablo Louverture, el hermano de Toussaint. El capitán Magón, establecido en Fuerte-Delfín, conseguía por su parte, por medio de hábiles negociaciones y del influjo de aquel mismo obispo, ganar al general mulato Clervaux para que le entregase la fértil llanura de Santiago. De modo que en los diez primeros días de febrero las tropas francesas lograron enseñorearse del litoral, de los puertos, de las capitales, de la isla y de la mayor parte de los terrenos cultivados. Quedábanle á Toussaint solamente tres ó cuatro medias brigadas de negros con los generales Maupás, Cristophe y Dessalines, con sus tesoros y sus armas enterradas en los mornes del Caos. Quedábanle también por desgracia muchos blancos en rehenes, á quienes trataba cruelmente mientras se decidía si había de canjearlos ó pasarlos á cuchillo. Convenía aprovechar la estación, que era favorable, para acabar de someter la isla.

La región quebrada y montuosa donde Toussaint se había retirado, se hallaba en el Oeste, entre el mar y el monte Cibao, que forma el nudo central donde van á juntarse todas las cordilleras de la isla. Vierte esta región sus escasas aguas en el río Artibonito por medio de diversas confluencias, y este río desagua en el mar por entre Gonaibas y Puerto Príncipe, muy cerca de San Marcos. Era preciso dirigirse allí desde todos los puntos á la vez, desde el Cabo, Puerto Príncipe y San Marcos, de modo que se pusiera á los negros entre dos fuegos y se los repeliera hacia las Gonaibas para envolverlos allí. Pero para penetrar en aquellos mornes había que atravesar estrechas gargantas que la vegetación de los trópicos hacía casi inaccesibles, y en cuyo asilo los negros agrupados en guerrillas ofrecían una resistencia difícil de superar. No obstante, los veteranos del Rhin, transportados al otro lado del Atlántico, no tenían que temer más que al clima. Sólo él podía vencerlos; sólo él los venció en efecto en este siglo heroico, pues no sucumbieron sino bajo el sol de Santo Domingo ó bajo los hielos de Moscow (1).

El capitán general Leclerc estaba resuelto á aprovechar los meses de febrero, marzo y abril, para terminar aquella ocupación, dado que más adelante los calores y las lluvias imposibilitarían las operaciones militares. Merced á la llegada de las divisiones navales del Mediterráneo, mandadas por los almirantes Ganteaume y Linois, el ejército de desembarco ascendía de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Verdad es que había soldados enfermos, pero aún quedaban quince mil en estado de combatir. El capitán general tenía, pues, todos los medios necesarios para llevar á cabo su cometido.

Antes de proseguir su cumplimiento quiso dirigir una intimación á Toussaint. Este negro, capaz de cometer las mayores atrocidades para salir adelante con sus designios, era no obstante sensible á los afectos de la naturaleza. El capitán general, según hemos referido, ha-

(1) Sucumbieron tantas otras veces, que sería muy prolijo enumerarlas; sucumbieron en general siempre que se estrellaron contra nacionalidades como la española. (N. del T.)

bía llevado consigo, de orden del primer cónsul, á los dos hijos de Toussaint, criados en Francia, con objeto de mover el corazón de éste con el influjo de las súplicas filiales. Debía entregarlos á su padre el preceptor que los había educado, con la carta del primer cónsul, y procurar reconciliarle con la Francia, prometiéndole la segunda autoridad de la isla.

Recibió Toussaint á sus dos hijos y al preceptor en su casa de Ennery, su mansión ordinaria; les estrechó largo tiempo entre sus brazos, y pareció un momento avasallado por el amor de padre. Aquel corazón endurecido y devorado por la ambición vaciló en su propósito; los hijos de Toussaint y el hombre respetable que los había educado le pintaron entonces el poder y la humanidad de la nación francesa; las ventajas de una sumisión que le aseguraba una posición todavía más preponderante en Santo Domingo y á sus hijos un brillante porvenir, y el peligro por el contrario de una ruina casi cierta si se obstinaba en combatir. Uniéronse á ellos la madre de uno de los dos mancebos para tratar de vencer á Toussaint; sensible á tales instancias, quiso tomarse unos cuantos días para meditar, y en este tiempo pareció entregarse á una gran lucha entre el temor de un combate desigual que le consternaba, la ambición de ser el único dueño del floreciente imperio de Haití que le subyugaba, y la idea de que los blancos iban quizá otra vez á esclavizar á los negros, que tanto le enardecía. La ambición y el amor á la libertad triunfaron de la ternura paternal; llamó á sus dos hijos, los abrazó de nuevo estrechamente, les dió á elegir entre la Francia que los había convertido en hombres civilizados y él que les había dado la vida, y declaró que continuaría amándolos aun cuando los viese en las filas de sus enemigos. Aquellos desgraciados mancebos, conmovidos como su padre, titubearon también; uno de ellos, sin embargo, suspendiéndose de su cuello dijo que estaba resuelto á morir á su lado como negro libre; el otro, incierto, siguió á su madre á una de las tierras del dictador (1).

La respuesta de Toussaint no dejó ya duda alguna sobre la necesidad de romper otra vez las hostilidades inmediatamente. El capitán general Leclerc hizo sus preparativos, y empezó sus operaciones el 17 de febrero.

Era su plan atacar á la vez por el Norte y el Oeste

(1) Toussaint-Louverture envió entonces á Leclerc una contestación á la carta que había recibido por Coisnón, para que se la remitiese á Bonaparte.

Esta contestación que sólo hemos visto publicada en la *Historia de la isla de Haití*, que tradujo del inglés Mr. Placide-Justin, es curiosa por más de un concepto; leemos en ella el siguiente trozo, digno de memoria por la noble entereza y verdad de su lenguaje: «Ofrecéis la libertad á los negros, y decís que en todos los países por donde habéis pasado habéis dado la libertad á los pueblos que carecían de ella. No estoy muy al corriente de los sucesos últimos de Europa; pero los informes que á mis oídos llegaron no concuerdan mucho con esa aserción. ¡El pueblo de Santo Domingo no hubiera jamás recibido con júbilo una libertad como la que habéis dado á la Francia, á la Bélgica, á la Suiza, ó á las repúblicas báltava, liguriana y cisalpina! ¡Semejantes trastornos, semejante libertad, están muy lejos de ser apetecidos entre nosotros!» «Me preguntáis si deseo consideración, honores, riquezas; cierto que las deseo, pero no de vuestra mano. Yo cifro mi consideración en el respeto de mis conciudadanos, mis honores en su adhesión, mi fortuna en su lealtad generosa y desinteresada.»

la región enmarañada y casi inaccesible donde Toussaint se había retirado con sus generales negros. Maupás ocupaba la estrecha garganta llamada de los Tres Ríos que desemboca hacia el mar en Puerto de Paz. Cristophe estaba acampado en las vertientes de las montañas, hacia la llanura del Cabo. Dessalines estaba en San Marcos, cerca del desembarcadero del Artibonito, con orden de incendiar la población y de defender los mornes de Caos por Oeste y Mediodía, y tenía por apoyo un fuerte bien construído y defendido, provisto de municiones que la previsión de Toussaint había juntado. Este fuerte, llamado la Cresta de Pedro, estaba situado en la tierra llana que el Artibonito inunda y atraviesa culebreando antes de desaguar en la mar. En el centro de aquella región, entre Cristophe, Maupás y Dessalines estaba Toussaint de reserva con tropas escogidas.

El 17 de febrero se puso en marcha el capitán general Leclerc con su ejército formando tres divisiones. La división de Rochambeau á su izquierda partiendo del Fuerte-Delfín, debía encaminarse hacia San Rafael y San Miguel; la división de Hardy debía marchar sobre la Marmelada por la llanura del Norte; la división de Desfourneaux debía trasladarse á Plasencia por el Limbé. Tenían estas tres divisiones estrechas gargantas que atravesar y alturas escarpadas que escalar para penetrar en la región de los mornes y apoderarse de los confluentes que forman la corriente superior del Artibonito. El general Humbert tenía encargo de desembarcar en Puerto de Paz con un destacamento, volver á subir por la garganta de los Tres Ríos, y repeler al negro Maupás hacia el Gran Morne. El general Boudet tenía orden de marchar de Sur á Norte, mientras aquellos cuatro cuerpos bajaban de Norte á Sur, saliendo de Puerto Príncipe para ocupar el Mirabalés, las Verretas y San Marcos. Asaltados de este modo por todas partes, no tenían los negros más remedio que buscar asilo hacia las Gonaibas donde había esperanzas de encerrarlos. Estas disposiciones eran sabias contra un enemigo á quien convenía envolver y llevarlo arrollado por delante más bien que batirlo en regla. Cada cuerpo francés tenía en efecto bastante fuerza para no sufrir en parte alguna un descalabro formal. Este plan, sin embargo, hubiera sido defectuoso contra un caudillo experimentado, con tropas europeas, que pudiera reconcentrarse de súbito sobre un solo cuerpo de los acometedores.

Partiendo el 17 las tres divisiones de Rochambeau, Hardy y Desfourneaux, cumplieron denodadamente su encargo: treparon por espantables alturas, atravesaron las más enmarañadas é inextricables malezas, y sorprendieron á los negros por su audacia en abalanzarse casi sin hacer fuego á un enemigo que disparaba por todas partes. Al siguiente día la división de Desfourneaux se hallaba en las cercanías de Plasencia, la de Hardy en Dondón y la de Rochambeau en San Rafael.

El día 19, la división de Desfourneaux ocupó á Plasencia por entrega que de ella hizo Juan Pedro Dumesnil, negro asaz humano, que se rindió á los franceses con su guarnición. La división de Hardy entró á viva fuerza en la Marmelada, derrotando á Cristophe, que la defendía al frente de dos mil cuatrocientos negros, mitad de tropas de línea y mitad de cultivadores sublevados. La división de Rochambeau se apoderó de San Miguel. Sorprendidos estaban los negros de tan pujante

embestida, y nunca habían visto tropas semejantes entre la gente blanca; sólo uno se resistía vigorosamente, y fué Maurepás, defendiendo la garganta de los Tres Ríos contra el general Humbert. Careciendo este último de fuerzas, fué enviado por mar á socorrerle el general Debelle con un refuerzo de mil doscientos á mil quinientos hombres; pero éste no pudo desembarcar sino algo tarde en Puerto de Paz, y contrastado en su ataque por una fuerte lluvia, adelantó poco terreno.

El capitán general, después de estacionado dos días en los mismos puntos con objeto de esperar al buen tiempo, mandó á la división de Desfourneaux hacia las Gonaibas, á la división de Hardy sobre Ennery y á la de Rochambeau á una formidable posición llamada la Barranca de las Culebras. El 23 de febrero entró la división de Desfourneaux en las Gonaibas, que halló entregadas á las llamas; la división de Hardy se apoderó de Ennery, residencia principal de Toussaint, y la intrépida división de Rochambeau tomó al asalto la Barranca de las Culebras. Para forzar esta última posición fué preciso penetrar por una estrechísima garganta encajonada entre rocas tajadas y perpendiculares, erizada de árboles gigantes y de espinosos zarzales y defendida por negros excelentes tiradores. Hubo que desembarcar después en una mesa que ocupaba Toussaint con tres mil granaderos de su raza y con toda su artillería. El intrépido Rochambeau penetró denodadamente por la garganta á pesar de un fuego de guerrillas muy nutrido y molesto, escaló sus dos bordes matando á bayonetazos á los negros poco ágiles en la huída, y desembarcó en la mesa. Una vez allí, los veteranos del Rhin acabaron con una sola carga, de cuyas resultas quedaron ochocientos negros tendidos en el campo y tomada toda la artillería de Toussaint.

Entretanto el general Boudet, ejecutando las órdenes del capitán general, dejó en Puerto Príncipe al general Pánfilo Lacroix con seiscientos ú ochocientos hombres de guarnición, y se dirigió con el resto de sus fuerzas sobre San Marcos. Estaba allí Dessalines esperando á los franceses y dispuesto á cometer las mayores atrocidades. Armado de una tea, pegó fuego por su propia mano á un suntuoso edificio que poseía en la ciudad, imitaronle los suyos, y se retiró después degollando á una parte de los blancos y arrastrando á los demás consigo al horrendo asilo de los montes; de modo que el general Boudet sólo ocupó ruinas inundadas de sangre humana (1). Mientras perseguía á Dessalines, éste se dirigía á paso acelerado á Puerto Príncipe, que suponía estar débilmente defendido y que en efecto custodiaba una escasa guarnición; pero el valiente general Pánfilo Lacroix reunió su pequeña hueste arengándola energicamente. El almirante Latouche, sabedor del peligro, saltó á tierra con sus marineros diciendo al general Lacroix: «En la mar estaba usted á mis órdenes; en tierra

(1) ¡Cuánto cambia el juicio de las generaciones acerca de unos mismos hechos! Al mismo tiempo que vemos á la severa historia inmortalizar la gloria de los numantinos, vemos condenar al oprobio y censurar de atroz y cruel á Dessalines, por haber preferido que la ciudad de San Marcos fuese presa de las llamas á entregarla llena de riquezas á los franceses. Sea como quiera, menos distancia hay de un Megara á un Dessalines que por su propia mano pega fuego á un suntuoso palacio con un heroísmo que sólo cabe en grandes almas, que de un Escipión Emiliano á un Leclerc. (N. del T.)

estoy yo á las de usted, y defenderemos unidos la vida y la hacienda de nuestros paisanos.» Dessalines rechazado no pudo satisfacer su barbarie, y se retiró á los mornes del Caos. El general Boudet regresando aceleradamente á Puerto Príncipe, encontró la población libertada por las tropas de mar y tierra reunidas; pero con aquellas marchas y contramarchas le había sido imposible coadyuvar á los movimientos del general en jefe, de modo que los negros no pudieron ser envueltos y repelidos hacia las Gonaibas.

No obstante, quedaban batidos por todas partes. La toma de la Barranca de las Culebras contra el mismo Toussaint les hizo perder todo aliento. El capitán general Leclerc quiso poner el colmo á su desánimo batiendo al negro Maurepás, que se sostenía contra los generales Humbert y Debelle en la garganta de los Tres Ríos, y destacó con este objeto á la división de Desfourneaux, la cual tuvo que replegarse hacia el Gran-Morne, á cuyo pie desemboca dicha garganta. Asaltado por todas partes el negro Maurepás, no tuvo más arbitrio que rendirse, y se sometió con dos mil negros de los más valientes (2). Aquel fué el revés más duro causado al prestigio de Toussaint.

Faltaba tomar el fuerte de la cresta del Gorrión (3) y los mornes del Caos para reducir á Toussaint á su último asilo, á no ser que se retirara á las montañas de lo interior de la isla y se redujera á vivir allí á lo faccioso, privado de todo medio de acción y despojado de todo prestigio; y dispuso el capitán general que marchasen sobre el fuerte y hacia los mornes las divisiones de Hardy y Rochambeau por un lado y la división de Boudet por otro. Murieron algunos centenares de hombres por asaltar con excesiva confianza las fortificaciones de la Cresta del Gorrión, mejor defendidas de lo que se creía, y hubo que emprender una especie de sitio en regla, ejecutar obras de aproche, establecer baterías, etc. Guardaban aquel depósito de los recursos de Toussaint dos mil soldados negros, bien disciplinados, conducidos por unos cuantos oficiales menos ignorantes que los otros. Ayudado por Dessalines, procuró aquél estorbar el sitio con ataques y salidas nocturnas, mas no lo logró y de allí á poco tiempo estuvo el fuerte estrechado tan de cerca que fué fácil ejecutar el asalto. Entonces la guarnición desesperada tomó el partido de evadirse de noche haciendo una salida y rompiendo la línea de los sitiadores. Consiguó al pronto sorprender la vigilancia de nuestras tropas y atravesar sus campamentos; pero advertida en breve y acometida por todos lados, fué parte de ella repelida hacia el fuerte y la otra parte destruída por nuestros soldados. Tomóse aquella especie de arsenal, donde se encontraron provisiones considerables de armas y municiones y muchos blancos cruelmente asesinados (4).

(2) La sumisión de Maurepás no se debió solamente á la posición crítica á que le redujeron las fuerzas de Desfourneaux, cortándole la salida de los Tres Ríos; la motivó principalmente, según refiere en sus Memorias el mismo general Lacroix, la noticia que recibió en aquella coyuntura de la derrota de Toussaint. (N. del T.)

(3) Es la misma Cresta de Pedro; la damos ambos nombres indistintamente. Llámala los franceses la *Crête-à-Pierrot*. (N. del T.)

(4) Mr. Placide Justín, historiador de reconocida imparcialidad, dice que apenas llegaban á mil los negros que guardaban la Cresta del Gorrión, y que éstos hicieron un destrozo de más de

Mandó en seguida el capitán general recorrer en todos sentidos las alturas circunvecinas, para no dejar ningún asilo á las hordas fugitivas de Toussaint y someterlas antes que entrara la estación de los grandes calores. En las Verretas presenció el ejército un espectáculo horrendo. Habían conducido los negros largo tiempo en su seguimiento bandadas enteras de blancos, á quienes obligaban á palos á caminar con la misma rapidez que ellos; mas desesperando ya de substraerlos al ejército que los acosaba de cerca, pasaron á cuchillo á ochocientos entre hombres, mujeres, niños y ancianos. Apareció el suelo cubierto con aquella espantosa hecatombe, y nuestros generosos soldados, que tanto habían combatido en todas las partes del mundo, que habían asistido á tantas escenas sangrientas, pero que nunca habían visto degollar mujeres y niños, quedaron transidos de horror profundo y de humana cólera fatal para los negros que pudieron haber á las manos. Persiguéronlos á muerte, sin dar cuartel á ninguno de los que hallaban.

Corría el mes de abril, y los negros, al menos por ahora, no tenían ya recurso alguno. Grande era entre ellos el desaliento. Sus jefes, movidos por el buen trato que el general Leclerc había dado á los rendidos, á quienes había dejado en el goce de sus grados y sus tierras, trataron de deponer las armas. Cristophe se dirigió por medio de los negros ya sometidos al capitán general, y ofreció someterse también si se le prometía el mismo recibimiento que á los generales Laplume, Maurepás y Clervaux. El capitán general, que era tan humano como sensato, consintió gustoso en las proposiciones de Cristophe y aceptó su ofrecimiento. A su rendición siguió en breve la del feroz Dessalines, y por último la del mismo Toussaint. Hallábase éste abandonado, seguido sólo por unos cuantos negros destinados á su servicio. Continuar sus correrías por el interior de la isla sin intentar cosa alguna importante que pudiera restablecer su crédito entre los negros, le parecía inútil, bueno todo lo más para agotar el celo de sus últimos partidarios. Por otra parte, andaba abatido y no conservaba más esperanza que la que aún podía inspirarle el clima. Estaba en efecto acostumbrado hacía mucho tiempo á ver á los europeos, y especialmente á los soldados, desaparecer bajo la acción de aquel clima devorador, y se lisonjeaba de que en breve le depararía un auxiliar formidable la fiebre amarilla. Juzgaba, pues, que convenía esperar con calma que llegase el momento propicio, y que quizás entonces podría salirle bien un nuevo llamamiento á las armas, por lo cual se ofreció á tratar (1). El capitán general, que no tenía esperanza de poder capturarle ni aún persiguiéndole sin descanso en las numerosas y lejanas guaridas de la isla, consintió en concederle una capitulación semejante á la que se había concedido á sus lugartenientes. Restituyéronsele sus grados y sus propiedades, con condición de que se retirase á vivir á un punto designado, sin cambiar de domicilio, á no ser que

dos mil hombres á los sitiadores, que eran casi todas las fuerzas rancesas. (N. del T.)

(1) Según el citado verídico historiador, la sumisión de Toussaint no fué tan inmediata á la de Cristophe y Dessalines. Se verificó de resultas de una entrevista que tuvo con Leclerc en el Guárico, ó ciudad del Cabo, adonde acudió al frente de cuatrocientos guías que permanecieron en batalla y con el sable desenvainado en el patio del palacio del Gobierno todo el tiempo que duró aquella plática. (N. del T.)

se lo permitiese el capitán general. El paraje que se le señaló para su retiro fué su casa en Ennery. Bien sospechaba el capitán general Leclerc que la sumisión de Toussaint no sería definitiva, pero le tenía muy á recaudo y estaba pronto á hacerle prender al primer hecho que probase su mala fe.

Empezando desde esta época, fines de abril y principios de mayo, se restableció el orden en la colonia y se vió renacer la prosperidad de que había gozado bajo su dictador (2). Los reglamentos que él ideó volvieron á quedar vigentes. Casi todos los cultivadores habían vuelto á las plantaciones. Persegua á los vagabundos una gendarmería de negros, y los enviaba á las tierras de que dependían en virtud de los empadronamientos anteriores. Las tropas de Toussaint, asaz disminuídas y sometidas á la autoridad francesa, permanecían inofensivas y quietas sin parecer dispuestas á sublevarse mientras continuara el estado presente. Cristophe, Maurepás, Dessalines y Clervaux, que conservaban sus grados y sus haciendas, estaban dispuestos á vivir bajo aquel régimen lo mismo que bajo el de Toussaint Louverture: bastábales que se les garantizase la conservación de sus riquezas y de su libertad.

El capitán general Leclerc, que era militar bizarro, apacible y prudente, se dedicaba á restablecer el orden y la seguridad en la colonia. Había continuado admitiendo á los pabellones extranjeros para favorecer la introducción de víveres, y tenía asignados como puertos principales el Cabo, Puerto Príncipe, los Cayos y Santo Domingo, con prohibición de aportar en cualquier otro punto para impedir la introducción clandestina de armas por las costas. Sólo había restringido la importación relativamente á los productos de Europa, cuyo abastecimiento exclusivo reservó para los negociantes franceses de la metrópoli. Habían llegado, en efecto, muchos buques mercantes del Havre, de Nantes y de Burdeos, y era de esperar que la prosperidad de Santo Domingo se restablecería en breve, no ya en beneficio de los ingleses y americanos como bajo el gobierno de Toussaint, sino en provecho de la Francia, sin que la colonia perdiese la menor ventaja en este cambio.

Pero amagaban dos peligros: por una parte el de aquel clima, siempre funesto á las tropas europeas; por la otra el de la incurable desconfianza de los negros, que por más que se hiciese no podían menos de recelar la vuelta á la esclavitud. A los diez y siete ó diez y ocho mil hombres transportados ya á la colonia, nuevas divisiones navales, procedentes de la Holanda y de Francia, habían agregado otros tres ó cuatro mil, de modo que ascendía á veintiuno ó veintidós mil el número de los soldados de la expedición. Pero ya cuatro ó cinco mil estaban fuera del combate, igual número en los hospitales, y quedaban doce mil á lo sumo capaces de tomar nuevamente las armas si los negros volvían á emprender la lucha. El capitán general ponía grande esmero en proporcionarles descanso, refrescos, acantonamientos salu-

(2) Los franceses habían triunfado: el objeto de la expedición, que era someter á los negros, se había conseguido; pero aquel triunfo parecía una verdadera derrota, porque cuando Toussaint ó Dessalines pasaban acompañados de los generales blancos por los parajes públicos del Cabo, todos los honores, todas las muestras de admiración y de respeto eran para los vencidos. (N. del T.)